

LAPALABRA

YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Jacinta Toribio Torres

jtoribio@uv.mx

UVI

Ixtlamatlistli: las mujeres en la formación de la niñez de Tepenahuac, Veracruz

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana

Número 60, abril-junio 2022, pp. 34-38.

ISSN:01855727

Xalapa, Veracruz, México

*Fotografías de interiores: Centro Fotográfico Manuel Álvarez Bravo



La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000
Xalapa, Veracruz, México
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

IXTLAMATILISTLI: * las mujeres

en la formación de la niñez de Tepenahuac, Veracruz

Jacinta Toribio Torres

En 1992, cuando yo tenía ocho años, Tepenahuac no rebasaba los 80 habitantes. Se trataba de una comunidad en la que su actividad comercial era básicamente local, con las comunidades vecinas. Para proveerse de productos industrializados, como harina de trigo, azúcar refinada, galletas, calidra, refrescos, cerveza y chicles, tenía que adquirirlos, en su mayor parte, en Álamo Temapache, la ciudad más cercana.

¡Cuántas luces se apagaron en la historia porque la nobleza quiso ser la única antorcha y la única historia de los siglos pasados! Escapad al olvido; escribid vuestra historia si habéis comprendido vuestra vida y sondeado vuestro corazón.

GEORGE SAND,
Historia de mi vida.

Ama ntlakuilowa ipan ni chinanko Iswatla, tlen altepetl Veracruz. En este escrito les voy a hablar de la vida de las mujeres nahuas de Tepenahuac, la comunidad de la Huasteca Veracruzana donde nací, para mostrar el protagonismo de ellas

en la transmisión de su lengua y su cultura; pero también su lucha para que sus hijos y sus hijas tuvieran la oportunidad de acceso a una formación escolarizada.

Tepenahuac es una de las más de 300 localidades nahuas del municipio de Chicontepec, y se ubica a 20 kilómetros de la cabecera municipal. En 1992, cuando yo tenía ocho años, Tepenahuac no rebasaba los 80 habitantes. Se trataba de una comunidad en la que su actividad comercial era básicamente local, con las comunidades vecinas. Para proveerse de productos industrializados, como harina de trigo, azúcar refinada, galletas, calidra, refrescos, cerveza y chicles, tenía que adquirirlos, en su mayor parte, en Álamo Temapache, la ciudad más cercana. Se contaba

con carretera de terracería, pero en temporada de lluvias, esos caminos se volvían intransitables y la circulación de vehículos era prácticamente nula. Se hacía mayor uso de las veredas: se caminaba mucho, aunque también se empleaban caballos, burros o mulas para el traslado de las personas, así como también para los distintos productos y enseres

Dentro de la comunidad había dos familias que se dedicaban al comercio, y por esos años ambos comerciantes contaban ya con una camioneta para surtir de mercancías. Esto favoreció al establecimiento de dos pequeñas tiendas de abarrotes con lo más indispensable. Así también, algunas familias se dedicaban a producir y vender productos como pan, leche y queso. Puedo decir que se trataba de una comunidad tranquila y autosuficiente. Con respecto a la relación que existía con la cabecera municipal –en donde se concentraba una mayor población mestiza– era muy poca; en ella, se acudía prácticamente para trámites en las oficinas de la presidencia municipal.

Referente a la salud, esta atención se resolvía desde lo local. Por ejemplo, con la medicina tradicional de parteras que acompañaban a la mujer gestante durante todo el embarazo, el parto y después del parto. En este seguimiento, la

*Aquí se traduce como *conocimientos*.



Eva Lépez, *Chocolate de boda*, de la serie *Rituales de Oaxaca*, Teotitlán del Valle

partera realizaba un ritual, en los primeros días del nacimiento, llamado *tlaahaltlistli*; se trataba de recibir y agradecer por la llegada del nuevo miembro de la familia y también era un momento de sanación para los que asistían. Había también hueseros y curanderos; estos últimos realizaban sobre todo limpiezas con plantas y plegarias en la lengua náhuatl para levantar el alma, quitar malos aires o quitar el espanto. Pero cuando había necesidad de un diagnóstico o tratamiento más especializado, es decir, cuestión médica, se acudía a la Ciudad de México, o bien, a Álamo. Mis primos, por ejemplo, sienten una deuda con mi padre, ahora finado, porque en una ocasión, hace muchos años, logró llevar de urgencia a una de sus hermanas, a quien le tuvieron que practicar una cirugía. Cuando ocurrían estas situaciones, en las que no podían ser resueltas por la medicina tradicional, es aquí en

donde surgía la necesidad de acudir también a los conocimientos de los mestizos, llamados *coyomeh*.

En cuanto a la manera sobre cómo concebían lo sagrado, toda la comunidad se asumía católica, como hoy en día. Sin embargo, al mismo tiempo se llevaban a cabo de manera intensa rituales desde la propia cosmovisión nahua. Las finalidades de los rituales eran para agradecer y para mostrar respeto a todo lo que nos daba vida. En diferentes ciclos del año se agradecía al Maíz para tener buenas cosechas, a la Lluvia y también al Nacimiento. Desde el pensamiento de los nahuas estas *costumbres* también eran para sanar, limpiarse/purificarse y para llamar a los buenos aires. Se nos enseñaba que el maíz, el agua y el aire tienen vida. Es decir, que estas entidades están vivas y nos daban vida a nosotros.

La mayoría de estos rituales implicaba la reunión de casi todas las familias y se convertía en una

reunión comunitaria que daba el toque de una fiesta. En este sentido, para esta comunidad y la región, dentro de la concepción de lo que para estas personas significaba una fiesta; la más grande e importante es, por ejemplo, *Ilwitl*, días de muertos, por lo que no se celebraba a un santo y tampoco el nacimiento del niño Dios, como ahora.

En aquellos tiempos la comunidad contaba únicamente con la escuela primaria federal de nombre Ignacio Zaragoza. Un solo profesor daba clases a estudiantes de primer grado a cuarto. Para estudiar los dos últimos grados de la primaria se tenía que ir a la comunidad del Cerro de Ixcacuatitla, o bien, salir, por ejemplo a Chicontepec, lo que implicaba ir a vivir a esos lugares.

La vida se dedicaba en su mayor parte al trabajo, que estaba dividido por roles de género. Los hombres se dedicaban a la agricultura y a la ganadería. Las mujeres, en cambio, se dedicaban sobre

todo a los quehaceres del hogar y al cuidado de los niños. Eran unas verdaderas maestras en la preparación de guisados tradicionales, por ejemplo, las albóndigas, que hasta hoy en día siguen siendo un platillo típico de algunas comunidades de Chicontepepec. También eran diestras en el bordado y el tejido.

Recuerdo haber crecido de manera cercana a mis hermanos menores, mis primas y primos. Es decir, crecimos en grupo pero además, tengo recuerdos muy vívidos de la cercanía con las mujeres de mi comunidad, mujeres y niñas muy cercanas; mi madre, mis tías y mis hermanas mayores. Todas siempre estaban acompañándonos y enseñándonos sobre la vida. Todo el tiempo eran enseñanzas y aprendizajes.

Estas mujeres adultas, madres y hermanas mayores, siempre estaban trabajando en algo; lavaban, molían el nixtamal y echaban tortillas. También molían chile en el cajete o el metate, lavaban ropa y preparaban comida. Todos los días el trabajo comenzaba desde muy temprano y todo el tiempo se estaba realizando algo, o buscando qué hacer. Por ejemplo, se iba por la leña de vez en cuando, o bien, a buscar y cortar mangos, *jacubes* (nopalitos triangulares), aguacates, naranjas y limas; también se acarrea agua de los manantiales, que se llevaba en ollas de barro colocadas sobre la cabeza.

En estos espacios las mujeres nos formaban desde “el hacer”, pero también con muchos consejos en el proceso. Generalmente nos repetían lo que ellas habían vivido y sufrido. Y en sus palabras justificaban a sus madres el no haber hecho mucho por lograr que ellas estudiaran, porque no las casaran tan jóvenes, o por no haberles enseñado a poner *niskon* –que es el proceso mediante el cual se realiza la cocci3n del maíz con

agua y cal viva– para obtener el nixtamal, que después de molido, da origen a la masa nixtamalizada, utilizada para la elaboración de tortillas, tamales, atoles, etcétera.

A la mayoría de las madres de esa generación les marcó que por ser mujeres no las hubieran dejado ir a la escuela. Ya existía una escuela en la comunidad, pero se les negó esa posibilidad. O solo les permitieron cursar el primer año de primaria porque sus padres decían: “No les va a servir. ¿Para qué ir a la escuela, para qué, si van a casarse?” Con la experiencia de estas mujeres mayores, a nosotras nos alentaban a estudiar.

Esa generación de familias buscó que sus hijas e hijos fuéramos a la escuela. Tenían muy claro que el otro tipo de conocimiento, el adquirido en la escuela, daba herramientas valiosas para la vida, como saber leer, escribir y aprender el español. Asimismo, nuestras madres nunca nos dijeron que lo que ellas nos enseñaban careciera de valor, o que debía privilegiarse únicamente la formación formal en las nuevas generaciones.

Es importante enfatizar que, hasta ese momento, toda la transmisión de experiencias y conocimientos se realizaba desde el idioma materno: *Inmowanti ximoixtlatiltika*, se nos decía: “¡Ustedes instrúyanse, abran sus ojos al conocimiento!” Y es que, para nosotros los nahuas, el conocimiento es algo que viene y se construye con el sentido de la vista; luego entonces, el conocimiento es algo concreto y no abstracto. Por eso nuestras familias, papás, mamás, tíos y tías tenían claro y estaban de acuerdo que a la nueva generación se nos tenía que formar desde dos miradas: el mundo nahua y el mundo de afuera, el occidental.

No todas las mujeres de quienes hablo pasaron por esta experiencia, pero hubo quienes, para lograr que los hijos tuvieran lo ne-



cesario para ir a la escuela –básicamente un cuaderno y un lápiz–, escondían el dinero del esposo o del tío para comprar los útiles de sus hijos e hijas. Y una vez que se “terminaban” el cuaderno, borraban todo para volver a utilizarlo.

Ellas contaban estas anécdotas en distintos espacios, en el pozo, mientras iban lavando, y nosotros, las niñas y los niños, les ayudábamos, acarreamos agua o jugábamos haciendo pequeñas pozas. Allí era un lugar idóneo para platicar de manera libre sin la presencia de hombres adultos. Otro espacio de formación fue la milpa o cuando se iba a traer leña. Ellas nos enseñaban a respetar todo lo



Eva Lépiz, *Ascensión*, de la serie *Rituales de Oaxaca*, Santa María Yacochi

que tiene y da vida: el agua, la milpa, el aire... Nos decían cómo cuidarnos de los malos aires y cómo tratarlos. También nos enseñaban sobre plantas medicinales.

A esa nueva generación de mujeres se les permitió la mínima formación escolarizada, es decir, cursar primero y segundo grado de primaria. En cambio, aquellas familias que tenían mayores posibilidades económicas enviaron a sus hijos varones a concluir la escuela primaria a Álamo Temapache; o bien, a estudiar la secundaria. Entre los primeros que salieron a estudiar se fue el hijo de Juan Paloma. Ese era su sobrenombre porque siempre vestía con calzón

y camisa de manta, y ya solo él usaba ese tipo de vestimenta. Su único hijo, Manuel Reyes Jiménez, terminó la secundaria y obtuvo una plaza de maestro en el estado de Hidalgo. Él fue el primer profesionista de Tepenahuac, quien después apoyó a toda una generación de hombres y a una primera mujer de la comunidad para que también fueran profesores.

A los hombres les permitían con mayor facilidad estudiar fuera de la comunidad. En cambio, lo que ocurría con las mujeres, conforme iban creciendo, es que se les asignaban más responsabilidades, sobre todo en los quehaceres de la casa. Mientras tanto, los hombres

solo se dedicaban a estudiar. También a ellos les daban más libertad para salir solos y se les permitía ir a los bailes. Pero no así a las mujeres, quienes para salir tenían que ir acompañadas por sus padres o tías.

Fue la nueva generación de mujeres la que cuestionó el que solo a los hombres se les diera la oportunidad de ir a estudiar fuera. Ellas tenían mejores calificaciones –argumentaban–. En una palabra: eran más inteligentes, a pesar de que después de la escuela, en el tiempo que precisamente tenían que usar para hacer tareas de la escuela, les instruían a ayudar en la preparación de los alimentos o en ir a lavar la ropa de los hermanos me-



Citlali Fabián, *Mis primas Yesi y Kristel*, Oaxaca de Juárez

nores y al siguiente día dejar ayudado en algunas labores antes de ir a la escuela. “Las mujeres van a tener que dedicarse a la casa”, era su respuesta, no así los hombres, que tenían obligaciones diferentes que debían atenderse desde afuera.

Con el paso de los años los albergues e internados hicieron posible que niñas y niños salieran de la comunidad para esa otra formación que los pobladores veían necesaria para la nueva generación.

Ahora sé que las mujeres que nos rodearon a mis primas y a mis primos eran mujeres valientes y fuertes, que lucharon e hicieron de todo para que, sobre todo sus hijas, adquiriéramos conocimiento a través de sus experiencias y accediéramos también a la educación escolarizada, más allá de la educación primaria. También puedo decir que su lucha dio frutos. Esa lucha sutil, pero revolucionaria, sigue, porque ahora soñamos con

mayor equidad en las relaciones de hombres y mujeres, y también con mantener nuestra lengua materna y la cultura nahua desde los lugares donde nos encontramos. **LPyH**

Jacinta Toribio Torres es docente-investigadora de la UVI, sede Huasteca, en el programa de licenciatura en Gestión Intercultural para el Desarrollo y de la maestría en Lengua y Cultura Náhuatl “Totlahtol iwan tonemilis”.